

Mario Osses

## Noticiario

«LA BUENA MOZA Y EL TORO», de *Hernán Jaramillo*,  
Nascimento, 1951.

El título corresponde al primero de veinte relatos, con sustancioso prólogo en que Mariano Latorre ejercita el sortilegio estilístico habitual e ilumina infatigablemente a los lectores en asuntos de literatura chilena.

Cuatro cuentos no pagan contribución al realismo, y dos de ellos son fantásticos: «La Buena moza y el Toro», basado en la conseja de una laguna que enhechiza con viril urgencia a una virgen y se la traga, y «La Resurrección», en que semejante milagro se realiza. En cuanto a «La Piedra Santa», es la historia más o menos irreverente de veneranda imagen instituida por un roto y que supera en fervorosos epígonos al propio San Sebastián. Queda «El Velamiento»: caso de terrateniente, que logra recuperar su alma vendida al diablo gracias a los conjuros de bonísimo inquilino a quien le explota vida larga con el más grande entusiasmo.

Están bien, y alguno hasta sobresale.

Pero son mejores los otros, esos que corresponden a «tajadas de vida», como en el introito lo recuerda el padrino eximio.

Aun podríamos agregar a la especie de los fantásticos «La Mano Muerta», si no fuera continuación de «La Piedra Santa» aludida.

De los quince restantes, son cuasi humorísticos «El Cerdo» y «El Hombre Desnudo», en tanto la tragedia preside a «La Manta», «El Ataúd», «Frío», «Patroncitos», «La Maldición», «Las Codornices», «La Cabra de Angora», «Chocolate». Completan cifra un cuento de bandido: «El Festín» y los costumbristas «El Rastreo», «Pilmes en las Papas», «El Regalo» y «Chinero».

El libro es definitivo de la mentalidad campesina esforzada, en primer término: hombres fríos y duros, y a las veces egoístas y crueles hasta el delito; mujeres mansas y laboriosas que azarosamente pecan por necesidades utilitarias, es decir, apenas pecan.

Nuestro autor es enérgico y no poco inclinado al verismo, aunque la natural propensión de su temperamento bondadoso le hace tomar al partido de los humildes, y hay oportunidades entonces en que con buenos sentimientos no consigue tan buena literatura. Ocurre hasta cierto punto en «Patroncitos»—cuento a pesar de todo valioso—donde el patetismo linda con lo caricaturesco. En «Chinero» pasa otro tanto. No es imposible, y ha sucedido mil veces y sucederá quizá hasta la extinción del planeta—y ni siquiera es inverosímil—la preferencia de real hembra agreste a citadina atildada y vanidosa. No es irreal tampoco—porque se cuentan casos comunes—el desconocimiento por los «patroncitos» de la propia madre que trabaja

entre los inquilinos. Lo que se pide es mayor madurez narrativa, más tiempo o morosidad en la técnica del desarrollo, de modo que el asunto se desprenda tempestivamente, como la fruta del árbol.

Tal ocurre en «Bola de Sebo» de Maupassant, por ejemplo, o en «Un Tiro» de Kuprin, donde gracias a la habilidad con que los autores llenan los sutiles espacios intersticiales del género, resultan cuentos los que pudieron haber sido novelas.

Jaramillo tiende al esquematismo y a la narración indirecta, la en que el diálogo apenas cobra importancia, y el autor no participa en la acción sino para referirla: sin embargo de que en «El Rastreo» y «Chocolate» cobra las mejores piezas literarias, y se ha reservado en ellos el papel de protagonista. En ambos lucen encomiables calidades, como el franco desembarazo con que se persigue y alcanza a la hembra y el valor imperioso de la ética vital que restituye al hombre la agencia de su primitivismo. La naturalidad viril con que se reivindicán los derechos del cuerpo, lawrencianamente, si no fuera tan chilena y tan sencillamente, vienen a remozar las raíces del pobre Eros civilizado...

«El Festín» es extraordinario relato en que la angustia se desata por manos periciales, congéneres de las que otrora tuvo Rafael Maluenda.

«La Manta», «Frío» y «Las Codornices» son ásperos y fuertes. «El Ataúd» es singularmente logrado, y sacude hasta la raíz: en mi opinión es uno de los grandes cuentos de nuestra lengua.

En suma, Jaramillo se incorpora con este libro a la categoría de los narradores de primera fila. Algunas incorrecciones de procedimiento, pero en compensación reverberan giros de exacta calidad poética. Hay

que celebrarle, además, la actitud honesta con que expresa la impotencia moral del campesino en «El Regalo» donde supervive el antiguo derecho de «pernada» de los latifundistas. Evitó la solución patrioterica en que suelen caer hasta algunos avisados.

Cuento que no se olvidará es «Pilmes en las Papas»: para conjurar la plaga de tales insectos, el zafio marido hace que su mujer les exhiba las partes pudendas (¡humilde Lady Godiva agreste!). El empecinamiento brusco del mastuerzo y la emoción de vergüenza de la muchacha componen un cuadro de patetismo craso, con la mayor simplicidad de líneas.

Si Jaramillo nos preguntara qué necesitan algunos cuentos, nos atreveríamos a sugerirle: temperatura. Quizá la consiga con pluma un tanto más morosa, pues la celeridad que a menudo da lustre al concepto, empece a la emoción.

No obstante, tales y cuales, las narraciones de «La buena moza y el Toro» son a aporte considerable a nuestra literatura.

«EL PURGATORIO», de *Gonzalo Drago*, Editorial Nascimento, 1951

Novela premiada por la Sociedad de Escritores.

Refiere el servicio militar en una guarnición de Valparaíso, hará tres o cuatro lustros.

El protagonista es un hipersensible en quien repercuten dolorosamente las deshumanizadas exigencias y los excesivos rigores que imperan en las prácticas de nuestros regimientos: «El Purgatorio» es una impugnación y una crítica de sistemas crueles, inútiles y anticuados.